

Perlas y límites de la imaginación política de Emília de Freitas en “La Reina de lo Ignoto”¹

Bruna Santiago Franchini²

TFM Duoda 2025

Tutora: María-Milagros Rivera Garretas

Resumen: El trabajo explora la imaginación política y utópica de Emília de Freitas, tal como se expresa en su novela “La Reina de lo Ignoto”. La investigación busca entender los sueños de una mujer como Emília en su contexto específico y si su obra presenta indicios de la Era de la Perla y de la política del deseo, que es la política de las mujeres.

Palabras clave: literatura; imaginación; política; historia; Brasil

Al principio, era Ella

I. Es difícil reunir en mí el coraje para empezar a terminar este trabajo – este trabajo que marca el fin de mi breve y, a mi parecer, insuficiente contacto con el cosmos de Duoda. Hay algo agri dulce en ser parte de la última generación en formarse en este Templo contemporáneo de sabiduría femenina, encarnada en sus Sacerdotisas: por un lado, me invade el sentimiento indescriptible de gratitud por haber llegado a ustedes a tiempo; por otro lado, es imposible alejar el sentimiento de orfandad, de una hija que pierde a su madre y tiene que calmar la añoranza con sus vestigios, materiales y/o espirituales. Yo ciertamente habría elegido hacer esta formación de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, siendo Alumna/Hija/Discípula por el tiempo que fuera posible; pero sé que en algún momento es necesario asumir el lugar de Creadora en el ciclo creativo para que este se mantenga vivo y palpitante. No me siento lista, pero no sé si ese estado de preparación realmente existe en la concreción de la vida, a pesar de que, irónicamente, mi primer tatuaje fue la frase “lista para todo” en latín (¿deseo, hechizo o sueño?). Mi madre siempre me dice que cuando nos vemos en el borde, en el precipicio, en la frontera, frente al final, a la transformación, al parto, difícilmente nos sentimos listas. “Si dependiera de ella, la bebé permanecería en el útero, acogedor y calentito, pero su hora de nacer en algún momento llega”, ella siempre me dice en estos momentos de cierre: graduaciones, mudanzas, ritos de paso.

Tomo la mano de Hécate y sigo. Con el corazón acelerado, pero sigo.

¹ Emília de Freitas. “**A Rainha do Ignoto**”. Edición de Constância Lima Duarte, actualizada por Karine Ribeiro y Bárbara Parente. São Caetano do Sul : Wish, 2020. Sin traducción al español.

² Cursando el Doctorado en Derecho (PPGD/UFSC, Brasil). Máster en Política de las Mujeres (2025, Duoda/UB) y en Derecho (2024, PPGD/UFSC, Brasil). Especialista en Políticas Públicas y Justicia de Género (2019, CLACSO, Argentina). Licenciada en Derecho (2018, FDRP/USP, Brasil). E-mail: brunasf1995@gmail.com.

II. Duoda, además de haber abierto caminos para nuevas referencias y fuentes para mis estudios infinitos (porque las nuevas referencias de mujeres son siempre bienvenidas en mi universo interior), también iluminó muchos caminos dentro de mí. Digo “iluminó”, y no “abrió”, porque esos caminos ya estaban allí: eran caminos disponibles, pero sencillos; eran pequeños senderos, tímidos, llenos de potencial; y que, ahora, exploro cada vez más, con más seguridad y disfrutando del recorrido. Otra forma de caracterizar mi transformación a lo largo de estos dos años sería con la imagen de la ruptura de una represa: el dique siempre tuvo fugas, pequeños cauces de agua que lograban escapar y encontrar el antiguo flujo que las lleva al mar; el espíritu de *Ella*, sin necesidad de explosivos ni violencia, supo, sutilmente, presionar los puntos exactos para que la represa cediera y las aguas retomaran su camino. Sin pedir permiso.

Y todo de manera muy natural, en una conducción —al menos en mi experiencia— sin grandes traumas; repito, sin violencia. Por el contrario: *con placer*, porque, de lo contrario, sabemos: sin placer, nosotras, las mujeres, enfermamos. Cuando miro hacia atrás, queda la curiosa sensación de que yo podría haber recorrido ese camino sola, porque no fui transportada a otra realidad, no subí a un barco y viajé a tierras lejanas; llegué hasta aquí por mis propios pies, hablando mi propia lengua, y, al mismo tiempo, es claro, es obvio, es evidente que no viajé sola. *Ella* estuvo conmigo todo el tiempo, revelándose en la relación con las profesoras, sus Sacerdotisas; profesoras que, lejos del modelo de “educación” tradicional (aquel que busca colonizar nuestros espíritus y sustituir nuestros bosques interiores por monocultivos, empobreciendo nuestra tierra y desequilibrando todo nuestro ecosistema interior), crean *espacio* para la *novedad fértil* y nos invitan a llenarlo en relación, haciendo *tabla rasa*, partiendo de nosotras mismas, en contacto con nuestras *entrañas*, circulando diferentes autoridades femeninas y maternas. En esta jornada, revisité mi propia historia (la historia que vive en mí, la historia *más verdadera*) y re-conocí y re-signifiqué mis experiencias bajo una nueva mirada, bajo un nuevo simbólico, con nuevas palabras, y ahora consigo ver el espíritu de *Ella*, de su Armonía Caótica, en todas partes, de forma más o menos brillante y orgullosa, pero siempre presente: en mí, en mis relaciones con otras mujeres, y en las otras mujeres. *Ella* está presente en nuestra política relacional (o mejor, en nuestra forma de relacionarnos, teniendo la relación como fin en sí misma), en nuestras respuestas a los conflictos (nuestra búsqueda de Justicia, Verdad y Belleza, una búsqueda enraizada en la genealogía materna; pero también nuestros usos estratégicos del Derecho), y en nuestra vivencia, siempre compartida, de libertad. De una libertad que no tiene una forma fija, no está bajo la custodia de ninguna ideología, y no pide permiso para realizarse.

El dos precede al uno, después de todo: hicimos y hacemos jardines juntas. Y la verdadera relación educativa solo puede ser esa: la Profesora/Sacerdotisa es aquella que sabe *estar cerca del inicio*, y, añadido, aquella que conoce caminos y está presente en la travesía. Toda profesora es un poco Hécate, también.

III. Pero, además del despertar de esta comprensión del mundo que estaba adormecida en mí —o, aún, además de la dimensión intelectual y académica (no menos importante)—, mi forma general de estar en el mundo cambió; yo cambié. Pero no fue un cambio de un dogma a otro, como cuando nos convertimos a otra religión; fue una liberación de la propia necesidad de dogmas. Hoy, me siento *autorizada* a crear a partir de mí misma. No es que no creara antes —hasta porque la Creación es independiente de la Autorización—, pero ahora encontré, dentro de mí misma, una fuente de validación, una fuente que me autoriza y que me impulsa a gestar y parir, salvándome de una realidad llena de abortos o, peor, infértil. Desear, gestar y parir como la mujer que soy, sin disfrazarme de hombre, sin usar sus ropas o sus palabras, como tantas de nosotras sintieron que tuvieron que hacer, a lo largo de la historia. Ya no siento necesidad de hacer concesiones para estar donde estoy; me basto.

Si yo cambié, naturalmente mi forma de relacionarme (conmigo misma, con las otras mujeres, pero también con los hombres) también cambió, en especial, claro, mi relación con las Otras mujeres, todas ellas: mi madre, la memoria de mi abuela, mis amigas, mis compañeras de colectiva, mis profesoras, mis colegas, y mujeres que no conozco íntimamente, como colegas, personajes históricas, autoras, referencias. Creo que finalmente puedo vernos y sentirnos, de verdad, como seres complejos y misteriosos, lejos no solo de las caricaturas patriarcales, sino también de las caricaturas elaboradas por feminismos que creen no ser, pero siguen siendo, androcéntricos. Es un alivio, pero también un desencanto, percibir cuánto los deseos y sueños incluso de las feministas siguen teniendo en el hombre su punto de gravedad y referencia; es un desencanto por percibir cuánto hemos sido alejadas de nosotras mismas y de la Gran Madre, pero es también un alivio tomar esa conciencia, porque de ahí en adelante conseguimos seguir con más presencia. Mi actitud, en los últimos años, ha sido siempre levantar la pregunta: pero ¿qué queremos *nosotras*? ¿qué quieres *tú*? ¿qué quiero *yo*?

IV. Esta pregunta me ha guiado en todo lo que hago, y cambió la orientación de mi investigación académica y de mi posicionamiento místico-político-existencial. Me inclino

cada vez más sobre los sueños y los deseos de las mujeres y me intereso más por ellos, como fuerza motriz que da forma al mundo, que por cualquier otra cosa. Ya no me interesan las premoniciones de las Profetisas del Apocalipsis, ni las críticas de las Desesperadas, ni el realismo de las Escépticas; antes del nacimiento, antes de la gestación, antes de la concepción hay fe, hay deseos y sueños, de vida, armonía y placer, y estos Deseos y Sueños, esta fe, son ahora mi estrella-guía, mi horizonte. Quiero sumergirme en la excelencia del genio femenino, de la imaginación ilimitada, salvaje e ingobernable. No por casualidad me he inclinado cada vez más hacia las artistas: todo tipo de artista y de arte, y sus obras.

Como, en este momento, he trabajado con el pasado —más específicamente, la última década del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX—, decidí permanecer en él en la temática de este trabajo. Elegí honrar la imaginación política y utópica de Emília de Freitas, conforme se expresa en la novela “La Reina de lo Ignoto”. Mi pregunta de investigación es precisamente: ¿con qué soñaba una mujer como Emília, en su contexto específico? ¿Es posible encontrar en su obra indicios de la Era de la Perla y de la política de las mujeres?

1 Presentación de "La Reina de lo Ignoto"

"La Reina de lo Ignoto" (A Rainha do Ignoto) es una novela de ficción especulativa y fantástica publicada en 1899 por Emília de Freitas. Emília nació en Ceará, un estado en el noreste de Brasil, en 1855, y desde joven demostró ser una lectora voraz y una estudiante aplicada. Hija de la élite, Emília formaba parte del porcentaje ínfimo de brasileñas que, en pleno siglo XIX, fue alfabetizada: comenzó a escribir en su adolescencia y, ya como adulta joven, se involucró en los movimientos abolicionistas, formando parte de diversas sociedades (incluso participó en la fundación de una sociedad femenina abolicionista). Ganó fama por sus poemas, siendo conocida como "La poetisa de los esclavos". Cuando era adolescente, en el mismo año, fallecieron su abuelo paterno, su padre y su hermano mayor, lo que la afectaría profundamente por el resto de su vida. Además de poetisa, fue profesora y escribió para diferentes periódicos, viviendo en varias ciudades del norte y noreste del país. En algún momento de su vida, Emília se convirtió al espiritismo e incluso fundó periódicos para profesar su fe. En 1900, a la edad de 45 años, se casó con un escritor, viudo, diez años menor que ella. No tuvo hijos. Falleció en 1908 en Manaus, en el norte del país. Gran parte de su vida se incorpora a la narrativa: las ciudades por las que pasa la Reina de lo Ignoto, el personaje que da nombre al libro, son también lugares por donde Emília pasó o vivió (en la novela, la aldea donde nació la Reina tiene el mismo nombre que la aldea natal de Emília);

las costumbres retratadas también fueron experimentadas por Emília; la postura política de la Reina refleja la de Emília; el dolor de la soledad y el luto vivido por la Reina, que perdió a su familia, también encuentra ecos autobiográficos; la Reina también era espiritista, y la novela incluso retrata algunas sesiones espiritistas...

En el período en que Emília vivió (1855-1908), ella fue testigo de la progresiva debilitación y muerte de la esclavitud (1888), la presión de los movimientos abolicionistas (en los que participó) y la transición económica hacia la mano de obra asalariada. Vivió el momento más turbulento del Imperio, marcado por guerras y rebeliones de norte a sur del país, hasta culminar con la proclamación de la República (1889). Presenció la elaboración de la primera constitución republicana (1891) y el progresivo cambio de mentalidad jurídica, que pasaba del Antiguo Régimen a una nueva hermenéutica republicana e igualitaria, extremadamente disonante con la realidad de extrema desigualdad social y racial en el país. Experimentó el florecimiento y el fortalecimiento de la prensa femenina y feminista en todo Brasil; la mejora de la educación de las niñas y la entrada de las primeras mujeres brasileñas en los cursos superiores, tras décadas de reivindicaciones; y, por supuesto, la llegada de la doctrina espírita a Brasil. En relación con las mujeres, coexistían los discursos conservador/católico, que entendía que el lugar de la mujer era dentro de casa y bajo el mando de los patriarcas; el discurso positivista, que exaltaba la función de la madre como formadora de los ciudadanos republicanos (y este discurso fue apropiado por diversas mujeres de la época para reivindicar derechos variados); y, más tarde, los discursos libertarios (socialistas, anarquistas y comunistas), que, a pesar de percibir la realidad diversa de la mujer trabajadora, negaban la diferencia sexual y subordinaban la demanda femenina por libertad a la lucha de clases. Debido a la influencia cultural francesa en el Brasil del siglo XIX, vemos, en los periódicos y en la literatura de mujeres de la época, muchas menciones a la literatura y a autoras francesas, como Germaine de Staël y Manon Roland. La elaboración de listas de mujeres inspiradoras, con una biografía y sus logros, también era recurrente en la prensa de mujeres: la búsqueda de la excelencia femenina es uno de los patrones que veo repetirse en nuestra historia.

"La Reina de lo Ignoto" es considerado el primer libro de literatura fantástica escrito por una mujer en Brasil, y uno de los primeros del género, que se consolidaría solo veinte o treinta años después. Publicado en 1899, la segunda edición no llegaría hasta 1980, y el editor, un hombre, hizo diversas intervenciones en el texto, eliminando pasajes enteros y cambiando palabras. La tercera edición, de 2003, por iniciativa de la *Editora Mulheres* (cuyo proyecto editorial es la reedición de escritoras brasileñas borradas por la historia literaria),

rescató en la medida de lo posible la versión original. A pesar de presentar rasgos comunes en los libros de la época, mezclando elementos de romanticismo gótico y realismo (principalmente por la riqueza de las descripciones de las costumbres y la vida cotidiana de las ciudades de la época), el elemento fantástico (o, incluso, de ciencia ficción) diferencia el libro de la mayoría de las obras de su tiempo, y Emília era plenamente consciente de esta originalidad. En la presentación del libro, ella misma dice que este libro "no tiene padrinos, así como no tuvo molde" y, de antemano, advierte:

Tengo la certeza de que algunos o casi todos los que lean este libro encontrarán a su protagonista demasiado extravagante. Pero si consideran que los genios son verdaderas aberraciones de la naturaleza, ya sea que su desvío sea para el bien supremo o para el mal supremo, verán que la Reina de lo Ignoto no es en realidad un genio imposible, es simplemente un genio imposibilitado que, al pasar al campo de la ficción, encontró los medios para realizar los caprichos de su imaginación rarísima y la propensión bondadosa de su extraordinario corazón. (p. 32)

De ahí que la figura de la Reina sea tan interesante: ¿quién es esta criatura fantástica, esta diosa, fruto de la imaginación política y afectiva de una intelectual y escritora defensora de la libertad? ¿Quién es esta diosa, proyectada por el corazón de la escritora, y a la que ella misma anuncia como una heroína que encarna un "genio imposibilitado" que se hace posible precisamente en la ficción? ¿Qué hazañas son estas que —supongo— la propia Emília soñaba con realizar y no podía/no pudo, por uno u otro motivo?

La narrativa es, en su mayor parte, un retrato de los últimos tres años de la vida de la Reina de lo Ignoto: la acompañamos en su actuación reparadora, intrépida y frecuentemente en las sombras. Conocemos una sociedad de mujeres que está en todas partes, organizando, actuando, intercediendo; una sociedad paralela que existe de manera independiente pero aun así está en el mundo, interfiriendo en él. Una sociedad cercana al pueblo, que existe en el umbral de la experiencia con la fe: solo la conoce quien la necesita. La Reina y sus Paladinas de la Neblina ("Paladinas do Nevoeiro", que es como se les llama a sus intermediarias) van en auxilio caritativo de las personas necesitadas, vulnerables y olvidadas; al mismo tiempo, bajo disfraces, diferentes nombres y rostros, hacen negocios que involucran dinero y bienes, lo que en parte garantiza la subsistencia de la Isla y sus actividades.

La historia se desarrolla en un momento indeterminado del siglo XIX³ y comienza con Edmundo, un joven abogado graduado de la ya tradicional Facultad de Derecho⁴ de Recife (una de las dos primeras facultades de Derecho de Brasil) que decidió mudarse a una aldea en el interior de Ceará, “Passagem das Pedras”, después de pasar algunos años gastando su herencia viajando por Europa. Él es galante y ya ha roto el corazón de varias jóvenes, burlándose de sus sentimientos sin llegar a relacionarse profundamente con ninguna. Cuando llega a Passagem das Pedras, una aldea sencilla a orillas del río Jaguaribe, llama la atención de varias jóvenes, entre ellas Carlotinha, una adolescente vecina de Edmundo e hija de Doña Raquel, la maestra de la aldea. Carlotinha es solo una niña (al comienzo de la novela tiene dieciséis y, al final, diecinueve años); es hermosa e ingenua, inconsciente de sus encantos y su belleza, tímida y recatada, y desde el principio siente una pasión (inicialmente no correspondida) por Edmundo.

Carlotinha es amiga de Virginia, una joven dulce y enfermiza después de una desilusión amorosa, huérfana "adoptada" por la familia de su tío paterno, Tomás Moura (ya fallecido), la viuda Doña Matilde y sus hijas Henriqueta y Malvina – una familia conocida por Edmundo de la época de la universidad y presentada como presuntuosa y mezquina. Virginia es amiga de *Diana*, una mujer misteriosa, hija de un cazador de jaguares que vive en una cabaña apartada de la ciudad...

El cazador, en realidad, se llama Probo y trabaja para la Reina de lo Ignoto, quien se disfraza en la aldea bajo el nombre de *Diana* (una elección de nombre que ya nos dice mucho sobre su carácter y sus decisiones). Probo era un empleado corrupto y intentó suicidarse cuando fue descubierto, pero fue rescatado por la Reina, momento en el que comenzó a servirla junto a su esposa, Roberta. Probo, además de contar historias escuchadas/vividas por Roberta en la Isla de la Neblina y entre las paladinas, permite que Edmundo entre en la Isla, ayudándolo a disfrazarse como una sirvienta cercana a la Reina, con la esperanza de que, con la ayuda de Edmundo, pueda exponerla a ella y a su sociedad ante las autoridades brasileñas. Edmundo, entonces, disfrazado de Odete (una adolescente rescatada, cercana a la reina, que había hecho voto de silencio), se embarca en uno de los

³ El libro fue publicado en 1899, pero, además de que la esclavitud está presente en la realidad de la obra, en un momento dado, el personaje de Probo menciona un encuentro con el "Emperador". En Brasil, la República fue proclamada en 1889, diez años antes de la publicación, y la esclavitud fue abolida en 1888, por lo que los eventos del libro se sitúan en un pasado indeterminado, todavía en el siglo XIX (Edmundo encuentra páginas del diario de la Reina donde se lee el año "18xx").

⁴ Hasta el siglo XX, en Brasil sólo existían carreras universitarias de ingeniería, medicina y derecho. Los hombres intelectuales de familias de élite que se interesaban por el área de “humanidades” o querían seguir una carrera política y no tenían suficiente dinero para estudiar fuera del país (en Portugal o en Francia, generalmente), estudiaban derecho.

barcos de la flota de la Reina y, además de conocer la Isla de la Neblina, viaja con la Reina y sus paladinas, acompañándolas en sus aventuras durante tres años⁵.

La Isla de la Neblina se encuentra cerca de la costa brasileña, pero solo la Reina sabe el camino – y siempre es ella quien guía los barcos hacia la Isla. Es un lugar lleno de bellezas y riquezas, marcado por la presencia casi absoluta de mujeres en las más diversas ocupaciones (incluso se mencionan algunos hombres, generalmente amadrinados por la Reina y que desempeñan algún papel como siervos por gratitud, pero en el espacio narrativo de la Isla, solo los personajes femeninos tienen nombre), incluso en entornos masculinos como las fuerzas armadas (como generala, almiranta), pero también en profesiones liberales, como ingenieras, maquinistas, científicas y médicas. Es, por lo tanto, una sociedad verdaderamente matriarcal, en el sentido de ginocéntrica. Las mujeres que sirven directamente a la Reina se llaman "Paladinas de la Neblina" y siempre la acompañan en sus empresas; ninguna está casada, incluida la Reina, lo que nos coloca ante una gran comunidad de Vírgenes. Destaca la figura de Clara Benício, la médica de la Reina y su paladina más cercana. Exploraré las figuras de Clara Benício, las paladinas y la sociedad de la Neblina en su conjunto más adelante. Los últimos capítulos del libro, que tratan de los días finales de la Reina y de la Isla, también se explorarán en un apartado separado.

2 La Reina y sus relaciones

A pesar de la riqueza de personajes, el foco de la narrativa, en general, son las acciones y la existencia de la Reina. La vemos actuar mucho como interventora de la justicia, ya sea por su cuenta (sola o con sus Paladinas) o activando su red de contactos para materializar su visión: reconciliar a una pareja para "restaurar el honor" de una esposa abandonada; proveer una tumba para una huérfana descuidada; reunir a un hijo y a su madre después de una separación forzada; liberar a decenas de personas esclavizadas; tejer uniones matrimoniales hermosas y amorosas; acoger a personas pobres de todas las edades (con énfasis en niños y mujeres mayores); o impedir un asalto.

La Reina, descrita por la narradora y por diferentes personajes como con "aires de princesa" (p. 76), "¡criatura sublime! ¡Una hada! ¡Una diosa!" (p. 88), "un hada, una mujer superior" (p. 118), "una hechicera, un hada, una diosa del paganismo" (p. 296),

⁵ Al final del libro, queda implícito que la Reina sabía que su "Odete" era, en realidad, Edmundo disfrazado; por lo tanto, todo lo que le dijo a "Odete" a lo largo del libro, y todo lo que "Odete" vio, en realidad fue lo que la Reina le permitió ver a Edmundo. Incluso cuando él pensaba que la engañaba, ella estaba en control y se anticipaba a cada uno de sus pasos.

"extraordinaria, incomprensible" (p. 150), "esfinge de mujer" (p. 152), en fin, un "genio" (p. 150, p. 219), nos parece tan misteriosa como poderosa⁶:

— (...) Hasta ahora ninguna de las Paladinas de la Neblina, pues así se llaman las del grupo o sociedad, ha podido descubrir de quién descende esta mujer, dónde aprendió las ciencias de las que dispone, las artes que utiliza. ¡Tiene una actividad, una energía portentosa! Tiene agentes en todos los países y en todas las capitales de Brasil, se corresponde con cada uno de ellos con un nombre diferente o razón social, según sea necesario. ¡Y ninguno aún ha sospechado de la existencia de este coloso de genio! En cada puerto al que llega expide órdenes, toma cuentas, actúa a su manera, ¡y todo sucede en el seno de las grandes ciudades tan invisible como los fenómenos celestes en los espacios desconocidos! Las Paladinas de la Neblina nunca le han visto el rostro, porque solo se quita la máscara para los extraños, fuera de lo Ignoto, según el papel que ella quiere representar en el mundo: a veces es hija del cazador de jaguares y Funesta o hada de la gruta de Areré, como ha sido en este burgo, otras veces es modista, es marquesa, ¡es el diablo! ¡Es todo! ¡Hasta alma! (p. 150)

— (...) Ella no podía explotar las minas de la isla y las explota; no contenta con eso, funda con nombres imaginarios casas comerciales, fábricas, ingenios, centros de agricultura y granja de ganado; ¡de manera que tiene en todas, o en casi todas las provincias de Brasil, un rendimiento fabuloso! (p. 185)

La Reina es, por lo tanto, esa criatura "¡incansable! Todos los momentos de su vida son aprovechados en una actividad veloz" (p. 170), "la fuerza centrífuga" (p. 184) de la sociedad que gobierna, sabia erudita que entiende "de todas las industrias, de todas las artes, de todas las ciencias y letras" (p. 170)... y su poder es intolerable para Probo: él no la comprende (su búsqueda de justicia social; su postura republicana, p. 186, abolicionista, contra la pena de muerte, p. 185, y contra los castigos corporales en las Fuerzas Armadas, p. 274; su creencia espiritista, p. 186), considerando (¿por eso?) sus ideas "subversivas" (p. 186)⁷ y juzgando sus acciones como "fantasías locas" (p. 185). El plan de Probo es "reunir pruebas" y llevarlas al conocimiento del gobierno; su principal objeción es el hecho de que esta sociedad de mujeres es absolutamente independiente y no ha sido "autorizada" por las autoridades masculinas. Le dice a Edmundo que, en realidad, ya había intentado exponerla otras veces, pero o bien se burlaban de él (porque nadie creía en la existencia de una sociedad de mujeres tan organizada, libre y exitosa, juzgándolo loco), o bien sentía una "fuerza oculta" (p. 358) que lo paralizaba y le impedía hablar de lo que sabía.

⁶ Poderosa incluso en su mirada: la narradora describe un "poder desconocido en la mirada profunda" de la Reina (p. 327).

⁷ Para la época de la publicación del libro, Brasil ya era una República, por lo que el republicanismo ya no era una posición tan minoritaria. Sin embargo, todos los demás posicionamientos políticos de la Reina eran minoritarios y hacían referencia a debates concretos en Brasil, incluida la cuestión de los castigos corporales en las Fuerzas Armadas, que sería el tema de un motín en la Marina once años después.

Edmundo no escapa a reaccionar de manera similar, aunque de forma puntual. Después del funeral de Virginia, se siente triste y solitario, y se atreve a creer que puede amar a la Reina, a quien había visto por primera vez unos días antes (a lo que la narradora reacciona con burla, afirmando que los hombres no aman a las "mujeres superiores" como la Reina, al contrario, les son indiferentes o las odian, y que ese encanto no es más que una ilusión, un "sueño vaporoso de poeta"). Decide escribir una carta, cuyo contenido desconocemos, y que es respondida por la Reina, que firma como Funesta:

Señor:

No empiezo respondiendo, empiezo analizando el primer punto de vuestra carta. Decís: "¡Bellísima visión del monte! ¡Preciosa barquera!"

Me habría reído, y reído mucho, si la tristeza no me hubiera sellado los labios, ¡hace diez largos años!

¿Yo, hermosa?

Es verdad que en los primeros años de mi existencia me cansé de oír esta mentira que me hizo vanidosa, cuando, al atravesar las calles de mi ciudad natal, veía todas las miradas clavadas en mí, y llover exclamaciones desde las puertas y ventanas.

Después reconocí que todo no era más que una ilusión óptica.

¡Yo era fea! ¡Más que fea! ¡Era deforme! De lo contrario...

En el segundo punto está vuestra curiosidad por lo extraordinario de mi vida.

¿Queréis la historia de mi desventurada existencia?

¡Ah! señor, ¡preguntad a los cardos por qué nacieron tan erizados de espinas!

¡Preguntad a los búhos quién los puso junto a las tumbas y no me preguntéis por qué me alejo de la realidad y traspaso los límites de lo imposible!

En el tercer punto me reveláis vuestro corazón herido de repente... ¡a la manera de un rayo eléctrico!

Confieso, señor, si estuviera en vuestro caso me sucedería lo mismo... Pues llegar a una aldea, y en la misma noche, a la luz de la luna, fuera de hora, ver pasar una barca con una joven vestida de blanco, tocando el arpa, y además, cantando una canción francesa, es para impresionar; pero afortunadamente no estoy, solo vi una población que soñaba dormida, en descanso de las fatigas del día.

¡Soy hija de la naturaleza, novia del infinito!

Señor, ¡no miréis al abismo!..

Junto a vosotros existe un lago azul, tranquilo como la luz de los ojos de un recién nacido, navegad por él que encontraréis el puerto de la bonanza, y no naveguéis por esos mares de la visión. (p. 133-134)

Es decir: en respuesta al primer punto (el elogio que abre la carta), un discurso de tristeza y autodesprecio, de negación de su propia belleza⁸; en respuesta al segundo punto (curiosidad sobre su vida), desvía la pregunta; y en respuesta a la aparente declaración amorosa de Edmundo, expone —no sé si con humildad, absoluto desinterés o ambos— que

⁸ La negación de las propias cualidades y la modestia excesiva, casi caricaturesca, también son constantes en el libro y bastante comunes en la escritura de mujeres de la época. Probablemente como medida de precaución, al ocupar actividades o entornos hasta entonces exclusivamente masculinos, exaltaban su propia debilidad como si se "disculparan" por la osadía de estar allí. En el mismo año de publicación de esta novela, 1899, subió a la tribuna la primera abogada brasileña, Myrthes de Campos, quien, en la apertura de la defensa de su primer cliente en el jurado, se defendió a sí misma también en términos despectivos, pero asegurando que detrás de la falta de erudición latía un corazón deseoso de justicia. No sé hasta qué punto estas mujeres realmente tenían la autoestima perjudicada o si estos discursos son meramente para apaciguar los ánimos masculinos, pero marcaron la actuación pública femenina durante décadas.

su experiencia fue mucho menos extraordinaria que la de él (para él, una visión cósmica; para ella, solo un martes más...).

A lo que Edmundo reacciona exclamando: "¡Esto no es una mujer, es el diablo!"⁹ (p. 134).

(Muy creativo de su parte.)

Las personas a las que la Reina socorre y acoge, naturalmente, piensan de manera diferente: lejos de asociarla con el diablo, la asocian con Nuestra Señora (p. 109), con Nuestra Señora de los Remedios (p. 135) – y esta presencia divina y maternal se siente en el episodio del naufragio, cuando la Reina y sus paladinas salvan a las personas de una embarcación que se hundía en una tormenta, en el que la narradora escribe que la Reina "¡estaba en todas partes! Era el centro de todo movimiento" (p. 226) – y, en fin, con una madre (p. 148): "socorre necesidades, alivia desgracias" (p. 284); "donde hay necesidad de algún beneficio, ella aparece con las manos llenas de todo" (p. 135). Ella no puede permanecer inerte al ver el sufrimiento y la aflicción de los demás, abrazando el sacrificio: "Ella sentía en el alma la sed del bien y acariciaba la idea de arriesgar su vida para la salvación de aquella que moría dejando tal vez la felicidad, el amor" (p. 225). La Reina es, en definitiva, una encarnación de la Gran Madre.

Pero a pesar de su vigor y fuerza de espíritu, la Reina se sentía solitaria; no solo porque no tenía familia, sino también porque no tenía lazos profundos con nadie más, ni con ninguna de sus Paladinas, ni siquiera con sus favoritas. En las pocas ocasiones en que presenciamos la vulnerabilidad de la Reina, encontramos rabia, desilusión, sufrimiento y soledad: "su corazón retraído de placer se dilataba para el infortunio" (p. 226). La Reina había perdido a toda su familia muchos años antes de los acontecimientos del libro y esa falta la afectaba profundamente, llevándola a contemplar el suicidio (p. 344). Sentía que incluso sus paladinas, "verdaderas heroínas", no estaban vinculadas a ella "por el corazón" (p. 230), sino por otros motivos. "Los propios astros tienen su familia planetaria, y yo divago en la Tierra sola; tengo el corazón desprendido como un globo lanzado al espacio, donde hasta la luz desaparece en el vacío" (p. 230), piensa, con rabia y tristeza. Incluso cuando la Reina hace el bien, no es por amor:

(...) ¡Dicen que la práctica del bien trae la felicidad, es mentira! ¡Es una ilusión!
¡Aquí estoy yo que, desde niña, no tuve un pensamiento que no fuera noble y digno!
¡No hice una acción que no fuera a favor de los míos o en beneficio de los extraños,

⁹ La reacción de Edmundo de caracterizar a la Reina como el diablo, asombrado por su poder, me recordó las enseñanzas de Barbara Verzini sobre las monstruas femeninos y el femenino salvaje.

y qué recibí a cambio? ¡Injusticias e ingratitudes! ¡Ah! ¡pero el bien ya es un vicio para mí! Corro a aliviar una miseria, arriesgo mi vida para evitar una desgracia, como el jugador incorregible se lanza a una mesa de juego donde siempre pierde. ¡Ah! yo no amo a esta humanidad injusta, ingrata y egoísta... Hago el bien maquinalmente, por un destino, una tendencia, ¡como la del que se embriaga por la desesperación! (p. 230-231).

La Reina no abría su corazón ni siquiera a Clara Benício, una Paladina, médica, que la acompaña en diversas situaciones. Clara es claramente la más cercana a la Reina, la más próxima a ser su par; las dos son maestras en "hipnotismo" y dialogan sobre ciencias médicas en algunos momentos del libro. Probo nos dice que la Reina "trataba de negocios o empresas con muchas, discutía ciencias o letras con algunas; pero, a excepción de Clara Benício, su médica, ninguna entraba en conversación íntima con ella, y, a pesar de todo, la doctora nunca pudo pasar del tapiz del corazón" (p. 219). Es también Clara quien, en una ocasión, propone un brindis por la Reina, que, según ella, "¡reina por el Genio, por el Carácter y por el corazón! Únicas fuentes de donde debía emanar la ley para todos los pueblos" (p. 219). Tras la muerte de la Reina, las paladinas realizan una sesión espiritista para invocar su espíritu, y Clara es quien actúa como médium.

Uno de los pocos momentos en que la Reina habla con alguien sobre sus sentimientos es precisamente con Clara. Clara percibe la tristeza de la Reina y le pregunta el motivo, a lo que la Reina responde que está triste porque siente que el fin de su vida se acerca y ella sigue sola ("temo no encontrar puerto", p. 331). Clara le pregunta si alguna vez amó; "Nunca", responde ella; pero afirma que hubo un hombre que mereció amarla: Jaime Ortiz, el líder de un grupo de bandidos a los que ellas mismas habían emboscado y que sería deportado a una isla-prisión. La Reina y Jaime se conocieron cuando ella tenía quince años y él, treinta. Jaime vivía en el terreno de enfrente de la casa de la familia de la Reina y la observaba en su jardín bordando, todos los días. La madre interviene y pide a la Reina que pase un tiempo bordando dentro de la casa, a lo que ella obedece, y cuando vuelve a verlo, él está en la calle, ebrio. La Reina lo juzgaba loco, sentía pena y repulsión. Él le escribe cartas y versos, sin ser nunca correspondido ni respondido. A pesar de ello, la amó durante quince años, que es cuando se reencuentran. La Reina dice: él "tuvo el coraje de amarme sin esperanza quince largos años" (p. 334), y esa constancia lo haría merecedor de *amarla* (no de ser amado por ella; nadie, además de su familia, es amado por la Reina a lo largo de la narrativa, sino de *amarla*).

Ese hombre "caído" y carente, alcohólico, bandido y condenado es quien mereció amarla. "Nunca lo amé, pero (...) fue el único capaz de corresponder a los sentimientos de mi

alma con toda la fuerza, verdad y constancia de la vida entera, ese poeta y bandido de corazón diamantino. Por eso, ves, **nacé condenada a no amar**, porque los otros, nobles ante la ley o la sociedad, son bandidos en el amor, y no hay de dónde elegir" (p. 332), ella dice. El único que habría merecido amarla, aun sabiendo que forzosamente no sería amado de vuelta. Quizás la Reina ve en la obsesión enfermiza de Jaime un equivalente a su propio amor por su familia, el amor que ella conoce; tal vez ella interpreta el amor imposible de Jaime como su propia experiencia de amor imposible; aun así, ella insiste con energía en que nunca lo amó y no dice en ningún momento que podría amarlo: incluso ese amor supuestamente verdadero no sería suficiente para despertar alguna reciprocidad, lo que, en su razonamiento, la condena a no amar.

Después de oír esa historia, Clara Benício pregunta por qué la Reina caracteriza ese evento como un mero "episodio" de su vida: "¿Será el caso de que vuestro corazón tenga una historia muy larga y complicada?", a lo que la Reina responde: "No, Clara, mi corazón no tiene historia, porque, si la tuviera, para contarla sería preciso **inventar una lengua diferente** de todas cuantas se hablan en la Tierra" (p. 334). ¿Qué historia es esa que no puede ser contada con las lenguas existentes? ¿Qué sentimientos son esos que las palabras que la Reina conoce no pueden alcanzar? Tengo una intuición...

El amor —o, más bien, la ausencia de amor en la vida de la Reina— es un trasfondo presente y visible a lo largo de toda la narrativa, que contrapone, por un lado, a los personajes femeninos de la aldea, cuyas vidas giran en torno a la necesidad y el deseo de casarse, y, por otro lado, a la Reina y su trayectoria solitaria – solitaria por la pérdida de la familia, que huyó de su control, pero solitaria también por su rechazo al contrato sexual y su fidelidad a la virginidad, que fue una elección consciente durante toda su vida. A pesar de creer en la centralidad del amor para la felicidad de la mujer —en cierto momento ella afirma que "fuera del amor no hay para la mujer ni grandeza ni felicidad posible" (p. 317)—, la Reina no parece tener ningún interés amoroso y, principalmente, relacionarse con un hombre está fuera de toda discusión: en sus palabras, "yo no amo, porque los hombres son traidores, son infieles" (p. 369)¹⁰, lo que nos revela mucho sobre su concepción del amor y a quién

¹⁰ De cierta forma, la propia historia del libro confirma esto en las figuras de Probo y Edmundo, ambos infieles a su manera. Probo era un traidor ingrato que quería exponer a la Reina a pesar de haber sido salvado por ella. Edmundo, después de pasar tres años viajando con la Reina y sus paladinas, decide que esa vida, al igual que la propia Reina, no es para él, y se casa con Carlotinha. La narradora escribe sobre Edmundo: "Él no había nacido para las grandes empresas. Lo extraordinario le cansaba el espíritu aún más que el cuerpo. Tenía un genio demasiado común para atreverse a amar a una Reina de lo Ignoto" (p. 375). En las pocas líneas que siguen, describe la partida de mano y el retorno a la normalidad en la aldea: con la fiesta de bodas acercándose, todo el mundo solo hablaba de eso, y poco a poco la Reina fue olvidada y se convirtió de nuevo en una historia de brujas. El capítulo termina con "He aquí el final de los amores comunes..." (p. 375). La Reina era demasiado extraordinaria para la vida ordinaria de una mujer casada con un simple hombre.

puede ser dirigido. Es interesante notar que, casi al final del libro, Carlotinha encuentra a la Reina en la tumba de Virginia —que la propia Reina había mandado hacer—, y la Reina busca orientar y aconsejar a Carlotinha sobre el amor, los hombres y las relaciones:

(...) pero quiero decirte que no te fíes mucho de eso que te parece amor, porque para que una joven tenga ciertos principios de educación, que tenga un alma sensible y, al mismo tiempo, elevada, y pueda amar en lo absoluto, es necesario que el objeto de su amor tenga, si no las cualidades de corazón que pertenecen más a la mujer, estrictamente, posea al menos algún atributo que ella admire, como el talento, el coraje e incluso, para algunos, la actividad laboriosa y, sobre todo, el carácter. Algunos de los más vanidosos se creen locamente amados por ellas, pero se engañan tanto como esas desafortunadas que lloraron, enfermaron y murieron, pues si ellas hubieran reflexionado, se habrían vencido a sí mismas y, más tarde, se burlarían de su ridícula elección, se quedarían pasmadas de su ceguera y darían la enhorabuena a la suerte por haber tenido éxito, al ser despreciadas; porque su fortuna fue no alcanzar el simulacro, la imitación de su ideal. (p. 364)

Aquí me parece que está la clave de la soledad de la Reina: ella ama cualidades que son particulares (o "pertenecen más") a las mujeres (es decir: ama a las mujeres, aunque no lo declare), y obviamente se frustra y no encuentra a ningún hombre a la altura¹¹, no viendo la posibilidad de una relación con un hombre fuera de la lógica del contrato sexual, pero sin abrirse tampoco a la posibilidad del amor de otra mujer. El propio hecho de que ella aconseje a Carlotinha a no "fiarse mucho de eso que [le] parece amor" puede, por un lado, ser leído como el consejo de una mujer mayor, orientando a una joven a tener más calma en sus relaciones y no dejarse llevar por pasiones que parecen arrolladoras pero que, en realidad, son solo consecuencia de la inmadurez y la falta de experiencia; pero, por otro lado, puede ser una provocación: ¿será que lo que sientes por ese hombre es realmente amor? ¿O crees que es amor porque te enseñaron que eso es amor?

Edmundo, que, escondido, había presenciado la conversación entre la Reina y Carlotinha, piensa para sí: "Un pacto de amor sobre los escalones de una tumba. Pero no es una profanación. Dios manda a los espíritus que se amen más allá de la vida terrenal" (p. 365). ¿Se estaría refiriendo a los espíritus de la Reina y de Virginia? Me parece que sí: en el capítulo siguiente, que ocurre inmediatamente después de esta conversación, la Reina, pensativa, camina junto al río hasta llegar a la playa. Contemplando el océano, con el que se compara, dice: "Tú guardas en tu seno tesoros que nunca fueron vistos y yo guardo en mi pecho secretos que no han sido adivinados" (p. 367), y parece, aquí, tomar la decisión de morir, porque se despidе del océano. A continuación, en el único episodio de visceralidad

¹¹ Tiene sentido, entonces, que se sienta condenada a no amar: si busca cualidades "femeninas" en hombres, y si amar a mujeres no es una posibilidad, la experiencia del amor es lógicamente imposible.

incontenida de la Reina en toda la narrativa, va al laboratorio para pedir a la química de la Isla, Edealeda, que haga un remedio que "adormezca la sensibilidad, que produzca la indiferencia" (p. 369), y, al recibir una negativa, tiene un ataque de rabia y destruye parte del laboratorio. La imposibilidad de vivir un amor, unida a la nostalgia y al luto por la pérdida de la familia, parecen haber llevado a la Reina a su límite.

3 Las Paladinas y la sociedad de lo Ignoto

A pesar de la cercanía entre ellas, Clara nunca vio el verdadero rostro de la Reina, al igual que ninguna de las paladinas, porque ella se "enmascaraba". En una conversación con Roberta, la esposa de Probo, la Reina explica el motivo de "enmascararse" para sus paladinas:

— ¿Y vos os transfiguráis?
— Sí, porque esto no es una máscara, yo nunca me enmascaré.
— ¿Cómo, señora? ¿nunca se enmascaró? ¿Y qué es esto?
— Es una manera de aparecer ante las paladinas, ante los extraños aparezco en mi estado natural o en la figura que exigen las circunstancias.
— ¡Admirable! —exclamó Roberta— pero ¿por qué solo a ellas les oculta el rostro?
— Porque tan de cerca, pueden sorprender algún signo fisonómico que denuncie la debilidad de mi corazón, los delirios de mi alma. Escucha: yo nunca engañé a nadie con falsas apariencias. Mi ideal fue el carácter. La cosa que más me irrita es la falta de sinceridad; pero, tengo la manía de obscurecer el mundo físico del yo que existe en mí, todo desequilibrado, pues mi genio varonil, mi espíritu fuerte no está de acuerdo con la ternura de mis sentimientos, con la debilidad de mi corazón de niña.
— ¿Es por eso que os disfrazáis delante de los que os rodean? —dijo Roberta—. Ya comprendo: ¡el mundo es malo, se burla de la grandeza del alma! se ríe de los sentimientos elevados, principalmente de la mujer.
— Es cierto, Roberta, cuando la mujer lanza un puñado de flores, el hombre le responde con brazadas de espinas, ¡y eso cuando no puede lanzarle una lluvia de barro! (p. 317-318)

La grandeza, el poder y la confianza que la Reina emanaba para las Paladinas – que reconocían y honraban su Autoridad – y que sostenía esa relación comunitaria, eran, por lo tanto, parte de una máscara que encubría sus verdaderos sentimientos, sus "delirios" (¿será el amor reprimido por otras mujeres uno de esos delirios que no puede ser visto?). Hablaré más sobre esto en el apartado sobre el fin de la Reina. Pero además de esta transfiguración, la Reina también tiene la habilidad de controlar, con hipnosis, la percepción ajena sobre ella, que es como transita pacíficamente por la sociedad: "ella solo parecería lo que quisiera parecer, si encontrara un soldado él vería en ella a un superior, y le haría el saludo militar debido a los oficiales; si encontrara un paisano él creería ver a un sacerdote debajo de la umbela, que iba a llevar el Sacramento a algún enfermo. Fue justamente lo que sucedió (...) y la gente (...) [vio] pasar a un sacerdote sosteniendo la ambula de los santos aceites" (p. 249).

El "hipnotismo", como se le llama en el libro, es usado por la Reina y por las paladinas para alcanzar sus objetivos sin necesidad de enfrentamiento, guerra o violencia. Ellas usan la hipnosis para hacer que los tripulantes de barcos cercanos a la Isla de la Neblina no vieran la isla, sino solo una gran neblina (es imposible no asociarlo con las Brumas de Avalon), protegiéndola con Misterio; en otra ocasión, la usan para asustar a soldados que transportaban por la noche, en un cementerio, a un joven que ellas buscaban rescatar; en una tercera ocasión, para liberar a un centenar de personas esclavizadas, la Reina monta un circo ficticio e hipnotiza a toda la aldea, incluyendo a la familia propietaria de las personas y sus secuaces, que duermen, y solo despiertan al día siguiente, cuando la Reina, sus paladinas y las personas rescatadas ya estaban muy lejos... sin necesidad de enfrentamientos, por las grietas, los márgenes, las fronteras; por las sombras y callejones y encrucijadas. Veo el hipnotismo como una tecnología de política de las mujeres.¹²

La "política exterior" de la sociedad de lo Ignoto, por lo tanto, es de total autonomía: ellas existen de hecho en paralelo a la sociedad patriarcal, todavía en contacto en los momentos y asuntos necesarios o convenientes¹³, pero esencialmente siguiendo su propio camino. Tienen un lenguaje de señas propio, acordado para reconocerse entre sí por todo el país. Circulan como quieren, firmando bajo diferentes nombres, desde los espacios más necesitados hasta los más lujosos; usan "hipnotismo" y se "disfrazan" constantemente de hombres para alcanzar sus objetivos. Evaden los radares patriarcales y dejan que las personas y las autoridades piensen que la existencia de esa sociedad y de la Isla no es más que una superstición, una creencia popular, "una historia de brujas sin fundamento, inventada por la superstición del pueblo" (p. 38). La Reina se beneficia de la fe del pueblo, mezclándose con las historias y creencias que ya existían, convirtiéndose en folklore vivo.

En esta "masonería de mujeres" "locas" y absolutamente "impenetrable"¹⁴, en palabras de Probo, la Reina posee diversos proyectos financieros lucrativos, y además de actos heroicos puntuales, ella y sus paladinas también trabajan en las ciudades, ayudando directamente y manteniéndose atentas y receptivas a las demandas que surgen espontáneamente. Un ejemplo curioso de la presencia pacificadora y curativa de la Reina es

¹² Hago hincapié en que, a pesar de que la Isla de la Neblina tiene Fuerzas Armadas, no se retrata ningún episodio de enfrentamiento militar. Presenciamos un episodio de entrenamiento, en el que se describe la fuerza y la agilidad física de las mujeres; pero este entrenamiento termina con todas las mujeres riendo juntas, abrazadas: "pero, en el momento de asestar el golpe, tiraban [las hachas pequeñas] al suelo y caían en los brazos de la pretendida enemiga, riendo, parloteando llenas de entusiasmo. Así es la guerra de las mujeres" (p. 215).

¹³ Lo que la diferencia, por ejemplo, de la "Tierra de las Mujeres" de Charlotte Perkins Gilman, que había estado completamente aislada del mundo exterior durante milenios.

¹⁴ Me parece sensacional el uso de la palabra "impenetrable" para describir esta sociedad de mujeres centradas en mujeres.

el "Cónsul General del Infortunio", una casa a la que las personas pobres podían recurrir para recibir ayuda, ya sea financiera, médica o relacional, que "socorre necesidades, alivia desgracias" (p. 283) y de donde "todos salían satisfechos" (p. 282). El "Cónsul" —que es la Reina "disfrazada" de un hombre viejo— actúa como "juez de paz", mediando conflictos de la comunidad o proponiendo soluciones. En uno de los casos, una pareja denuncia a una mujer alcohólica por maltratar a su hija y solicitan al Cónsul quedarse con la niña, quien, a pesar de estar herida, defiende a su madre y exige quedarse con ella a pesar de los abusos. El Cónsul (es decir, la Reina) decide emplear a ambas (madre e hija) en la casa de la pareja de vecinos que hizo la demanda, para evitar separarlas al mismo tiempo que protege a la niña y contribuye a "regenerar" a la madre alcohólica. Este es uno de los varios pasajes del libro en los que se aborda la autoridad materna y la relación entre madre e hija, siempre desde la perspectiva de un vínculo casi sagrado e irrompible, sin importar cuán herido esté. En otro caso, un anciano esclavizado acude al Cónsul para pedirle que interceda a favor de su sobrino, cuyo propietario quería venderlo a una familia en otro estado, separándolo de su esposa y su familia. Es a partir de la denuncia de este anciano que la Reina y las paladinas se organizan para liberar a más de un centenar de personas esclavizadas con la ayuda del hipnotismo. La casa donde la Reina realiza estas "consultas" disfrazada de Cónsul había pertenecido a su propia familia, y contaba con un cuadro de su madre y su padre en la pared de una de las salas.

Además de tener proyectos, digamos, "asistencialistas", actuar clandestinamente en rescates y actos heroicos, socorriendo a personas en peligro o liberándolas de situaciones degradantes y actuando como mediadoras de conflictos comunitarios, la Reina y sus paladinas también rescataban a personas con necesidades especiales, como niños y personas enfermas y/o ancianas, y las acogían y recogían en la Isla de la Neblina, dándoles un hogar y protección. En cierto momento, Probo también comenta con Edmundo que, en las fábricas de la Isla, la Reina empleaba a "criminales condenados a muerte o al destierro" (p. 197), creyendo en la "regeneración" a través del trabajo (y descreyendo, como ya se mencionó, en las penas físicas, como la tortura y la pena de muerte). También aprendemos que la Reina ponía a mujeres viudas y/o que perdieron a sus hijos/hijas a trabajar junto a los niños rescatados, con el objetivo de crear una nueva familia para ambas partes. Así, la búsqueda de justicia social es una constante en toda la narrativa, siempre con un trasfondo de cura y restauración; de hecho, en cierto momento la Reina dice que "si tengo habilidad para defender la justicia, el derecho, no tengo menos para curar las almas enfermas" (p. 222), demostrando cómo la justicia, el cuidado y la curación van de la mano en su concepción.

4 Los últimos días de la Reina

Los últimos tres capítulos del libro retratan los últimos momentos de la presencia de la Reina: su peregrinación a las tierras de su familia; su ritual de muerte; y el ritual espiritista por el cual las paladinas se comunican con ella después de su muerte.

Peregrinación. Ella peregrina a la aldea donde nació y pasó la infancia, junto con Roberta y Probo. Ve su antigua casa y los lugares por donde paseaba y jugaba, y cuenta algunas de sus memorias del lugar. Destaco un fragmento de la conversación entre la Reina y Roberta:

— ¿No ves aquella ventana oval que está allí, muy alta, como en una torre?

— La veo.

— Desde allí se alcanza, bien a lo lejos, se abarca la mitad del horizonte del perímetro de la aldea. Yo tenía tal vez ocho años; una tarde subí a aquella ventana que parece de una torre y que nosotros llamábamos el óculo. Una niña, hija del lugar, había subido también y, viéndome con la mirada fija en una mancha grisácea que aparecía en el horizonte, con forma cónica, me dijo:

"— Esa es la tierra de Areré.

— ¿Vamos allá? —respondí sin reflexionar.

— Está lejos —me dijo ella con aire misterioso— y allí existe una gruta, donde vive una joven encantada en serpiente.

— Pues le pediré a mi padre que me lleve allí; quiero ver a la joven encantada.

— Ella te dejará encantada a ti también —dijo la niña que había sido educada en el seno de la superstición de sus padres.

"Me contó historias muy extravagantes de almas en pena y brujerías. Desde aquella tarde, cada vez que podía, burlaba la vigilancia de mi madre, que nos había prohibido expresamente subir al óculo, por causa de la peligrosa escalera. Iba allí a contemplar la sierra de Areré. Pensaba mucho tiempo en la joven encantada de la gruta. Mi idea elaboraba un sueño brillante de fantasías nunca cuidadas. Después venía un vivo deseo de penetrar en la gruta, de ver al hada, de ser ella misma, y realmente lo fui". (p. 378-379)

Es bastante significativo que haya sido a través de una niña que la Reina se entera de esta hada, "joven encantada", que ella vislumbra como una posibilidad de existencia para sí misma y con la que empieza a soñar. Sin la mediación de esta amiga (pero también sin el apoyo de las creencias populares), tal vez la Reina no se hubiera convertido en quien fue porque no habría tenido una referencia ni una genealogía en la que apoyarse.

Al salir de la aldea, la Reina pasa por el cementerio y llora sobre la tumba de su abuelo. Roberta le pregunta dónde estaba enterrada su madre, a lo que la Reina responde, señalando su corazón y poniendo la mano sobre el pecho: "Aquí (...) Ella fue enterrada aquí. La siento todos los días, y lloro su memoria" (p. 379). Así, aunque su madre no haya sido muy mencionada a lo largo de la narrativa, en sus momentos finales la Reina deja claro que siempre estuvo enraizada en la memoria de esa Madre, una presencia silenciosa y constante.

La muerte de la Reina. El día de su muerte, la Reina, primero, escribe su testamento y recordatorios "de todo cuanto deseaba que sus paladinas cumplieran después de su muerte" (p. 380), y luego se dirige, sola, al peñasco más alto de la Isla, donde escribe en una tarjeta su última confesión:

¡Amada! Amaría más que a Virginia, la pobre huérfana que descansa bajo la losa de una sepultura. ¡Amaría! Amaría más que a Odete, la infeliz condenada a un silencio forzado. Amaría más que la madre al hijo que se ahoga, más que el loco a su tesoro imaginario, más que la condenada ama la vida, pero no unos ojos bonitos, unos cabellos, unos labios, un todo elegante. Amaría la transparencia divina de un alma delicada y tierna, amaría el carácter, la conciencia pura de un espíritu esclarecido, aunque sea por la luz natural de la inteligencia. (p. 381)

Entiendo que, en esta confesión, ella dice que, si fuera amada, amaría intensamente. Al mismo tiempo, fue amada (o cree haber sido amada) por Jaime Ortiz, lo que no fue suficiente para que ella lo amara. La Reina, entonces, se abre la piel, y "entre esta y la víscera palpitante de su pecho, colocó el pedazo de tarjeta, el atestado de su debilidad, de la debilidad nativa de todas las mujeres del mundo, aunque estuvieran señaladas por el genio o por la religión de los claustros" (p. 381). Cualquiera que sea el significado de esta confesión, se la lleva consigo a la tumba, en secreto.

Ese mismo día, al atardecer, se reúne con sus Paladinas y afirma que, a pesar de que ellas ven en ella "el coraje, la resignación, el modelo de otras virtudes que solo vosotras poseéis", ella, en realidad, se sentía "la más débil y más infeliz" de todas, por tener un corazón "hecho pedazos por una desolación sin nombre" (nuevamente aquí el tema de los límites del lenguaje, p. 382); dice que detrás de su "máscara de hielo" ella luchaba con sus propios sentimientos y que nunca fue una "verdadera asceta": su corazón herido, "apenas salvado y no cicatrizado, volvía a entrar en el campo del sentimentalismo, y yo deseaba aplastarlo para no verlo tan loco" (p. 383). Continúa hablando de su corazón: "¡Pobre corazón! Fuiste leal, sincera y pura (...) ¡Amaste y tu amor, cada vez que se alzaba de tu interior, era para levantarte una fuerza y estrangularte de dolor!" (p. 383).

El uso de los adjetivos en femenino ("sincera" y "pura") en este fragmento desentona con el fragmento anterior, en el que ella también hablaba de su propio corazón, pero en masculino ("apenas salvado y no cicatrizado"). No puedo decir, entonces, si continúa refiriéndose a su propio corazón, pero, por el motivo que sea, ahora en femenino; si en este fragmento se refiere a sí misma; o si está implícito que se está refiriendo a alguien, a quien evoca con la expresión "pobre corazón". Si se está refiriendo a sí misma (o a su propio corazón), en este momento contradice el discurso que sostuvo durante toda la narrativa,

incluso pocas horas antes: el de que no había amado. No sé, entonces, si este amor al que se refiere es el amor a su familia, que nunca negó, vivido como luto (y por eso este amor la "estrangulaba de dolor"); si es algún otro amor prohibido (¿por mujeres? ¿por Virginia?); o ambos. Aquí vale la pena recordar cuando le dijo a Roberta que se enmascaraba para sus Paladinas para que ellas no vieran la "debilidad" de su corazón y los "delirios" de su alma, y cuando le confesó al océano que guardaba en su pecho "secretos que no han sido adivinados".

Al terminar sus lamentos, la Reina toca su arpa por última vez y muere. Su rostro aparece para las paladinas tal como era en la realidad, y ellas descubren los diversos personajes que la Reina había interpretado sin que ellas lo supieran.

La última sesión espiritista. Después de la muerte de la Reina, las Paladinas siguen sus últimas instrucciones, dividiéndose, distribuyendo las riquezas de la Isla y reubicando a las personas que vivían en ella o que, fuera de ella, servían a la Reina. Reunidas para una última sesión espiritista, invocan el espíritu de la Reina, con Clara sirviendo de médium: "Su cuerpo venía cubierto por una larga túnica blanca, pero traía los pies descalzos, completamente despellejados y sangrientos. Las manos y el rostro estaban de la misma manera, sin piel, y de la boca y los ojos del fantasma corrían lentamente gruesos ríos de sangre. El corazón, que se veía a través del lino de la túnica, parecía una llaga". Cuando las paladinas le preguntan por qué se les aparece así, con una apariencia tan terrible, ella responde: "Porque no puedo mostrarme en lo que estoy actualmente, y quiero que veáis mi espíritu con la misma forma que tuvo durante la vida, mientras estuvo encarnado" (p. 386), reforzando el tono general de una vida marcada por el dolor y la ausencia de placer. Finalmente, la Reina explica que la Isla le fue legada por su familia, describiéndola como un "reino donde solo se cuidaba la elevación del carácter y el bien del prójimo, ese donde la virtud encontraba refugio y ante el cual la verdad no retrocedía con miedo" (p. 387). Pero advierte que la Isla desaparecería por un fenómeno natural, y tan pronto como el espíritu de la Reina se va, la Isla también desaparece.

Algunas conclusiones

Esta semi-utopía de Emília de Freitas anticipa varios elementos que se repetirán en las utopías literarias femeninas y feministas del siglo XX: una sociedad casi exclusivamente femenina de mujeres independientes (para nosotras, Vírgenes), pensada por y para mujeres, gobernada y organizada por la autoridad femenina, para satisfacer sus anhelos y necesidades; una sociedad sin guerra, sin pobreza, regida por una ética del cuidado. Una sociedad que no está apartada del mundo, sino que elige esconderse, estratégicamente, y

permanece en la bruma y en las sombras, sin anhelos de dominación o confrontación directa, satisfecha de realizar sus designios al margen. La figura de la Reina es, naturalmente, el punto central de la aventura: una mujer culta, sabia, inteligente, incansable y de espíritu firme, al mismo tiempo caritativa y piadosa. Sus relaciones están centradas en mujeres; su confianza está depositada en mujeres; ella respeta y es respetada a su vez. Ella Governa e imparte Justicia con el corazón. Percibo la manifestación de *Ella* y de sus Misterios en varios momentos del libro.

Es cierto que, en algunos momentos, no se diferencia tanto de las heroínas románticas de la literatura decimonónica de inclinación gótica, principalmente en su sufrimiento sin remedio, pero destaca en todo lo demás, sobre todo en su orientación política, y también religiosa: la Reina es quizás una de las únicas, si no la única, heroína espiritista brasileña. Como se dijo al principio, la autora, Emília de Freitas, inserta en la narrativa diversos elementos autobiográficos y parece haber creado a la Reina como una versión divina de sí misma, de sus creencias y deseos, y es esta lente de análisis lo que hace que la Reina sea, para mí, tan apasionante. No es solo un personaje más; ella y la sociedad que comanda son la materialización de los deseos de Emília: la ficción sirvió como ese lugar donde el espíritu de Emília no chocaba con los límites terrenales (patriarcales, económicos, culturales...).

Las grandes ausencias en la narrativa, que me llevan a llamar al libro una semi-utopía, son el amor declarado y el placer. A pesar de vivir grandes aventuras junto a sus fieles sirvientas, de tener éxito financiero y político, e incluso de lograr dar continuidad y concretar la obra de caridad iniciada por sus ancestras, la Reina sigue siendo infeliz. A diferencia de otras heroínas románticas góticas, que mueren de/por amor o como consecuencia de una desilusión amorosa, la Reina Virgen muere de soledad y de disgusto, porque no *sentía placer* en nada de lo que hacía, en sus propias palabras. Esto es lo que me impide pensar en la Reina como una heroína clitorica: ella *no goza*; aquí está el claro límite de la imaginación de Emília, que logró inventar toda una sociedad compleja y organizada, pero no pudo crear a una mujer que fuera al mismo tiempo libre y feliz. De igual manera, no pudo imaginar el amor declarado entre mujeres o relaciones libres del contrato sexual, con hombres dignos del amor de mujeres extraordinarias. La potencia creativa y espiritual de la Virginidad de la Reina, en mi opinión, no se realiza por completo debido a esta desconexión con su placer.

En el final, es Ella

Leer “La Reina de lo Ignoto” y otras obras de ficción especulativa¹⁵ no solo me hace volver a enamorarme de la imaginación y la capacidad creativa de las mujeres, sino que también me incentiva mucho a soñar con mis propias utopías y a crear formas de concretizarlas en el aquí y ahora, tomando la utopía no como un objetivo que queremos realizar o al que anhelamos llegar concretamente, sino como un horizonte a perseguir. ¿Cuál es la realidad que busco? ¿Cuáles son mis sueños para mí y para el mundo?

A principios de este año, en el Festival Audre Lorde (que mis compañeras de colectiva feminista y yo organizamos), participé en un taller de escritura de microcuentos utópicos, dirigido por una amiga lectora/escritora, Tatiana Guedes. Hasta entonces, yo pensaba que las Utopías, necesariamente, debían ocurrir en el futuro, o, al menos, en una realidad alternativa, siempre llena de características gloriosas y perfecta de principio a fin; pero Taty nos animó a pensar en pequeñas utopías, utopías cotidianas, y eso me conmovió mucho. En lugar de escribir un microcuento ficticio, relaté un recuerdo: mis dos mejores amigas y yo un sábado cualquiera de 2009, cuando yo tenía 14 años, escribiéndonos la una a la otra, tomando fotos, escuchando nuestras canciones favoritas, riendo, y siendo completamente libres en compañía de la otra.

Desde entonces, me he aferrado a esos momentos —los pasados, por los que estoy agradecida, los que estoy gestando ahora, y los futuros, por los que anhelo—, y tengo la convicción de que todo lo que aprendí en Duoda, unido a lo que aprendo en la práctica y en el contacto con la experiencia latinoamericana, me ayuda a ver y a crear esas utopías. Tal vez mi utopía sea, precisamente, la *Era de la Perla*, que, más que un momento en el tiempo histórico, es otra dimensión, fuera del tiempo, que siempre ha estado disponible. En esta dimensión alternativa, la Madre gobierna en caótica armonía: el Amor es el principio que organiza las relaciones, lo que hace posible la vivencia común de la libertad. Sabemos relacionarnos con la alteridad sin desear colonizarla ni fagocitarla ni igualarme a ella, abriendo y sosteniendo el espacio para que ella exista. Honramos el *continuum* de vida de la Gran Madre, de la Tierra a los niños y al Cosmos, y nos comprendemos en comunidad (común-unidad), un aspecto de la vida tan ausente en las últimas décadas y tan necesario para una vida sana y plena.

¹⁵ Ver, por ejemplo, *Sultana's Dream* (1905), de Begum Rokeya (Bangladesh); *Herland* (1915), de Charlotte Perkins Gilman (EUA); *Sua Excia. A Presidente da República no Anno 2500* (1929), de Adalzir Bittencourt (Brasil); *The Female Man* (1975), de Joanna Russ (EUA); *Woman on the Edge of Time* (1976), de Marge Piercy (EUA); *The Gate to Women's Country* (1988), de Sheri S. Tepper (EUA); *El País de las Mujeres* (2010), de Gioconda Belli (Nicaragua); *The Power* (2016), de Naomi Alderman (Inglaterra); y otras.

Hablamos de nosotras mismas como seres completos e íntegros, en lugar de hablar del “cerebro”, del “útero” o del “sistema reproductivo”. Comprendemos la indivisibilidad de la experiencia de ser un alma encarnada. Afrontamos nuestra salud como un fenómeno complejo que comprende mucho más allá de las moléculas que componen la dimensión material de nuestro almacorporal: no ignoramos las enfermedades del espíritu ni buscamos anestesiarlas.

Creamos juntas y trabajamos juntas: nos valoramos unas a otras —y a algunas más que a otras sin que esto sea un problema, porque sabemos lidiar con la existencia de preferencias—, hacemos circular nuestras ideas y creaciones, y legamos a la posteridad una cultura y una lengua propias, nuevas y fértiles. Aceptamos nuestra condición humana y sabemos perdonar; pero también sabremos mediar, individual o comunitariamente, la Justicia en caso de conflictos, una justicia amorosa, orientada a la restauración de la armonía y a la curación, incluso si la curación viene en forma de ruptura.

Somos, nos sabemos y nos asumimos como protagonistas de nuestras vidas y nuestras historias; somos, nos sabemos y nos asumimos como autoras y matrices de nuestras creaciones. Decimos lo que y cuando queremos decir, en lengua materna, nuestra lengua. Salvaguardamos nuestros tesoros y dones con sabiduría y los compartimos con humildad y generosidad.

Cada una de nosotras conoce la Estrella, el impulso erótico de vida, que lleva dentro de sí, y sabe lo que la hace brillar y pulsar cada vez más fuerte, y toma decisiones alineadas con esa Estrella. No hemos sido alienadas de nuestras emociones, nuestro cuerpo, nuestro clítoris: nos conocemos y nos amamos lo suficiente para buscar el placer, la felicidad y la plenitud; lo suficiente para saber cuándo es hora de irse, de cambiar de piel, de reabastecerse, siempre amparadas por la fe en la presencia y guía de Ella.

La política del deseo es la política de las mujeres;
mi deseo es que así sea.
¡Larga vida al espíritu de Duoda!